

1090

el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 11 de agosto, 2023

Vida cotidiana y muerte
en Olintepepec
alrededor del año 1 de nuestra era



Giselle Canto Aguilar § Susan Elizabeth Romero Sánchez
Barbara Konieczna

Vida cotidiana y muerte en Olintepepec

alrededor del año 1 de nuestra era a

Giselle Canto Aguilar

Susan Elizabeth Romero Sánchez

Barbara Koniecznakk

En este artículo se presenta una pequeña ventana que permite vislumbrar uno de los periodos de mayor apogeo del poblado prehispánico de Olintepepec entre los años

100 a.C. a 150 d.C., lo que en la cronología mesoamericana se denomina Preclásico Terminal. Nos centraremos en varios hallazgos que fueron obtenidos en excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en 2017, en un área que se consideraba ubicada en la periferia del asentamiento. Los datos recuperados nos permiten hablar tanto de la vida cotidiana de los olintepepecas, así como de la forma en que veían su mundo a través del análisis de sus rituales mortuorios.

Aquí es necesario abrir un paréntesis para explicar el contexto geográfico morelense, el cual permitió que Olintepepec perdurara durante poco más de 3000 años, ya que se han encontrado datos sobre el inicio de su ocupación alrededor de 1500 a.C. y fue abandonado definitivamente en 1603, con base en documentos virreinales. A lo largo de ese devenir, Olintepepec estuvo en constante transformación, causada por su participación en diversas relaciones –de intercambio, alianza, dominio, subordinación, conquista, entre otras– que mantuvo con otros grupos mesoamericanos.

Podemos dividir geográficamente el territorio del actual estado de Morelos en cuatro regiones (figura 1). La región norte abarca la región montañosa de la Sierra del Chichinautzin, entre el volcán Popocatepetl en el extremo noreste y el todavía más antiguo cono basáltico Cerro de Zempoala en el noroeste. La región sur es parte de la Sierra Madre del Sur, conocida localmente como Sierra de Huautla, y su formación es de origen sedimentario por lo que predominan las rocas calizas. En cuanto a la parte central de este territorio, está dividido en dos regiones por la Sierra Montenegro, formación sedimentaria que fue plegada durante la formación de la Sierra del Chichinautzin, la cual inicia en la Sierra de Tepoztlán y termina en la Sierra Madre del sur, atravesando el estado de norte a sur. De tal manera se tiene la región o valle poniente que se caracteriza por un sistema de lomas angostas que parten del Zempoala, atravesadas por barrancas; y la región o valle oriente, la cual fue irrigada por ríos que nacen de las faldas del Popocatepetl. Ambos valles tienen suelos fértiles y en muchas áreas se practica la agricultura de riego. Olin-tepec se encuentra en el valle oriente.

Ahora bien, en el periodo prehispánico para viajar del valle oriente al poniente se tenía que atravesar la Sierra Montenegro; así que subir y bajar cerros, aunque no son muy altos, pero llevando pesadas cargas no fue tarea fácil, por lo que se buscaron pasos que facilitaron este tránsito y Olin-tepec está ubicado a la entrada de esta ruta en el valle oriente. No se trata de un camino abierto o plano, pero siguiendo las laderas se transita con menor esfuerzo entre ambos valles. Esta ruta es semejante a la que se encuentra más al norte y es transitada actualmente por todo aquel que vive o visita Morelos, la conocida como Cañón de Lobos, que al igual que la ruta de Olin-tepec, su trazo sigue las laderas de los cerros. En la salida ubicada en el valle poniente está la región de Tlaltizapán, donde tenemos varios poblados prehispánicos que tuvieron la misma función de Olin-tepec, a lo largo de los siglos mesoamericanos.

Otra importante ruta de intercambio que atraviesa a lo largo el valle oriente de norte a sur, en el que también Olin-tepec jugó un papel importante, es la que sigue los márgenes del río Cuautla. Aclaremos, este río, como los otros de Morelos, no es navegable, pero siguiendo la orilla, a manera de una carretera virtual, se llegaba al norte hasta las faldas del Popocatepetl y hacia el sur y sureste, atravesando la Sierra de Huautla, hasta lo que hoy es Guerrero. Esta ruta acercaba a Olin-tepec a una de las áreas agrícolas más ricas de Morelos que se ubica entre Yautepec, Oaxtepec y Cuautla, así como a varios pasos que permitieron el tránsito de mercancías hacia la cuenca de México.



Figura 1. Regiones fisiográficas de Morelos.

Aunque el poblado de Olin-tepec se encuentra en un pequeño valle enjorjado, rodeado de cerros, con fértiles tierras irrigadas por los manantiales cercanos, su riqueza e importancia provenía del intercambio de productos y materias primas a través del control de esas dos rutas de comercio, el Paso este – oeste y el río Cuautla. El tránsito entre los dos valles debió existir cuando menos desde 1500 a.C. y continuó hasta la conquista española, cuando la interacción entre las regiones cambió drásticamente, ya que los hacendados y evangelizadores eligieron como centro de intercambio a Cuautla. Los últimos habitantes de Olin-tepec fueron congregados en Cuautla en 1603, proceso que comenzó en 1582, quedando su valle repartido entre las haciendas de Cuahuixtla, El Hospital (de los Hipólitos) y el Mortero de Mapaxtán (Ledesma 2012); el antiguo camino quedó abandonado hasta épocas relativamente recientes y actualmente está pavimentado.

Evidencia de esta importante función de Olin-tepec como nodo de comercio, la tenemos para los años 400 a 100 a.C., ya que, a través de su complejo cerámico, parte de su cultura material, se plantean las relaciones que mantuvo este Centro Regional con varios pueblos y regiones. Hacia el poniente fue principalmente con el poblado de San Mateo; mientras que hacia el norte estaba Oax-tepec que controlaba a su vez uno de los pasos hacia la cuenca de México, principalmente hacia Tlapacoya; y hacia el sur se relacionó con Chimalacatlán, que estaba enclavado en la Sierra de Huautla, una de las zonas productoras de piedra verde. Qué se comerciaba a través de estas rutas, si bien no tenemos evidencia material es fácil suponer que los productos podrían ser miel, tintes, pigmentos, algodón (del cual era Olin-tepec era productor), arcillas para la elaboración de vasijas de función especializada, semillas (no en todos lados se puede cultivar el amaranto), etc.

Sin embargo, como nodo de intercambio Olin-tepec tuvo altibajos, ya que dependió de sus socios comerciales, con los cuales había establecido alianzas, posiblemente a través de matrimonios concertados entre las clases gobernantes. De tal manera, alrededor del año 100 a.C., en pleno apogeo de su control de las rutas comerciales, sobrevinieron varias catástrofes naturales que cambiaría la historia del Altiplano Central y la de Olin-tepec. En el suroeste de la cuenca de México, el volcán Xitle hizo erupción terminando con Cuicuilco y ocasionando el abandono de los pueblos de la región sur de la cuenca, entre ellos Tlapacoya, uno de los socios de esta red de comercio en la que participaba Olin-tepec (figura 2). Mientras que el paso noreste, a las faldas del volcán Popocatepetl, quedó cerrado debido a la explosión del volcán en el año 1 d.C., con lo cual Olin-tepec perdió el contacto con las regiones de Puebla – Tlaxcala y el sureste de la cuenca de México, aunque esta región ya había sido abandonada.

Páginas 4 y 5. Figura 2. Tlapacoya. Foto INAH.







Figura 3. Glifos que se asocian a grupos teotihuacanos, se encuentran en La Ventilla, Teotihuacán (MID: 355_20151215-133000:34).

Esos eventos naturales afectarían de manera diferentes a las regiones que integran el Altiplano Central, siendo el fenómeno más importante el abandono de varias de ellas, como sucedió en el valle de Toluca y en la región de Puebla – Tlaxcala. Por otro lado, también favoreció el surgimiento de Teotihuacán, en el noreste de la cuenca de México; los migrantes llegaron a ese territorio y, en el proceso de organización de los recién llegados con los que habitaban el área, surgió una de las primeras confederaciones conocidas en Mesoamérica, pues se trató de una población pluriétnica que mediante alianzas creó un estado que los incluyó (figura 3).

En el caso de Morelos, posiblemente se dieron dos procesos y decimos posiblemente porque los datos son insuficientes. El primer proceso estaría asociado a la existencia de un vacío de información arqueológica en la mayor parte del estado sobre este periodo Preclásico Terminal. Este vacío puede deberse a que las investigaciones han sido escasas o bien se trata de un indicador del abandono de varias áreas y que muchos de sus pueblos también migraron hacia Teotihuacán. No lo sabemos, nos falta más investigación.

Sin embargo, tenemos evidencia de la existencia de un proceso de continuidad y florecimiento en Olintepec, es decir, se plantea que este poblado no únicamente permaneció, sino que además creció de tal forma que este periodo del Preclásico Terminal es uno de los de mayor apogeo del sitio. ¿En qué datos nos basamos para hacer esta segunda propuesta? Por mencionar a algunos de ellos, se registra un auge constructivo, así tenemos el crecimiento del llamado Montículo 1 (figura 4), hasta convertirse en un basamento piramidal de gran tamaño, de 50m de largo por 45m de ancho, con un templo en la cima del mismo (figura 5); se trata del corazón del poblado, el centro alrededor del cual giró el asentamiento. Asimismo, la dispersión de su complejo cerámico en un territorio muy amplio, que integra asentamientos del norte como fue Oaxtepec, así como Cerro Chacaltépetl, en el valle poniente, nos indica que Olintepec extendió su dominio y controló otras fértiles regiones agrícolas, así como la entrada y salida del Paso este – oeste.



Figura 5. Olintepec, templo sobre Montículo 1.



Figura 4. Olintepec, lado este Montículo 1.

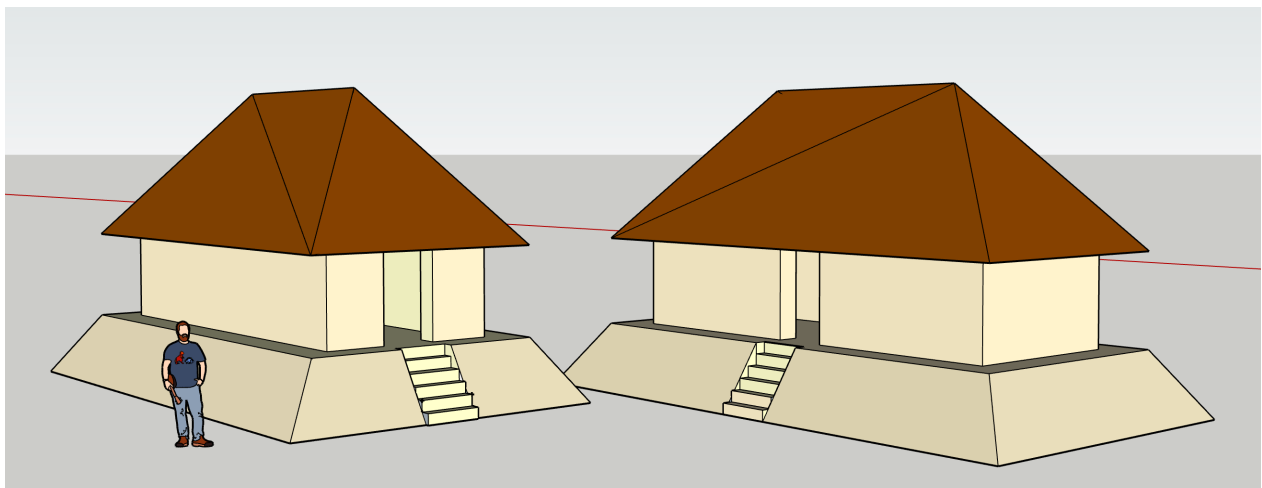
Los hallazgos arqueológicos de 2017

Hacia el sureste del centro ceremonial de Olin-tepec, a 200m desde el basamento piramidal principal, el Montículo 1, excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en 2017 permitieron encontrar los vestigios de cuatro casas. Si bien de una de ellas los datos recuperados fueron mínimos, con los de las otras tres, como la altura y extensión del relleno, inclinación de los muros de las fachadas, así como sus materiales constructivos, se hizo una propuesta sobre las dimensiones y orientación de las plataformas sobre las que desplantaban. Así sabemos que, para la construcción de las plataformas, los olin-tepecas emplearon muros en talud, con las fachadas formadas con lajas de piedra caliza y cantos rodados de río de mediano tamaño: esos muros inclinados contuvieron un relleno elaborado con cantos rodados de todo tamaño que fueron acomodados usando una mezcla de lodo. Las plataformas tuvieron una planta rectangular, con muros en talud y una altura calculada entre 1.20 y 1.50m. Sobre ellas edificaron estructuras habitacionales y aunque no tenemos evidencia de sus características, con base en datos etnográficos y de excavación en otras regiones, se plantea que consistían de un cuarto con muros de adobe y techo de materiales perecederos, tal vez palma, los cuales pudieron ser de una, dos y cuatro aguas.

Con esos datos se pudo establecer tres momentos constructivos que pueden estar asociados al crecimiento de la familia nuclear y a sus actividades cotidianas. En las siguientes figuras se presentan reconstrucciones hipotéticas de cómo fueron esos crecimientos y qué forma tuvieron las casas.

Para la primera etapa, se tienen dos casas, norte y centro, cada una sobre plataformas que delimitan un patio, que se representaron con techos de cuatro aguas, los cuales además de permitir con mayor facilidad el escurrimiento de la lluvia, son más altos y por lo tanto más frescos. Asimismo, su construcción es más fácil, ya que se utilizan piezas de madera de menores dimensiones para realizar la cubierta del claro, los cuales no necesitan de grandes vigas, que debieron ser difíciles de conseguir en un entorno natural de selva baja caducifolia (figura 6). En el patio se llevaban a cabo todas las actividades tanto cotidianas, preparación de alimentos, como aquellas relacionadas con una especialidad de la cual no recuperamos información pero que podría ser el hilado de algodón, el tejido de mantas de algodón o de costales de yute y todo tipo de cordelería, alfarería, entre otras muchas; los cuartos solamente se utilizaban como almacenes y para dormir.

Figura 6. Reconstrucción hipotética Etapa 1.



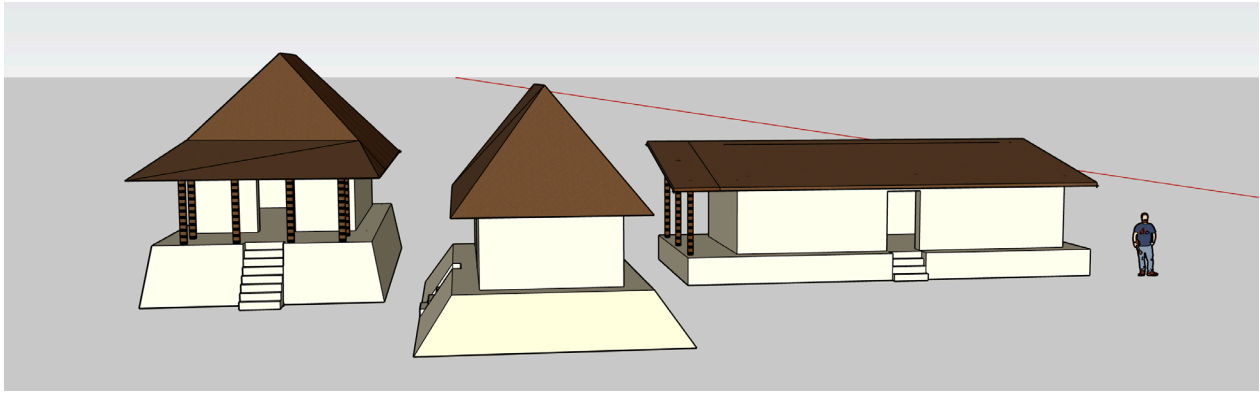


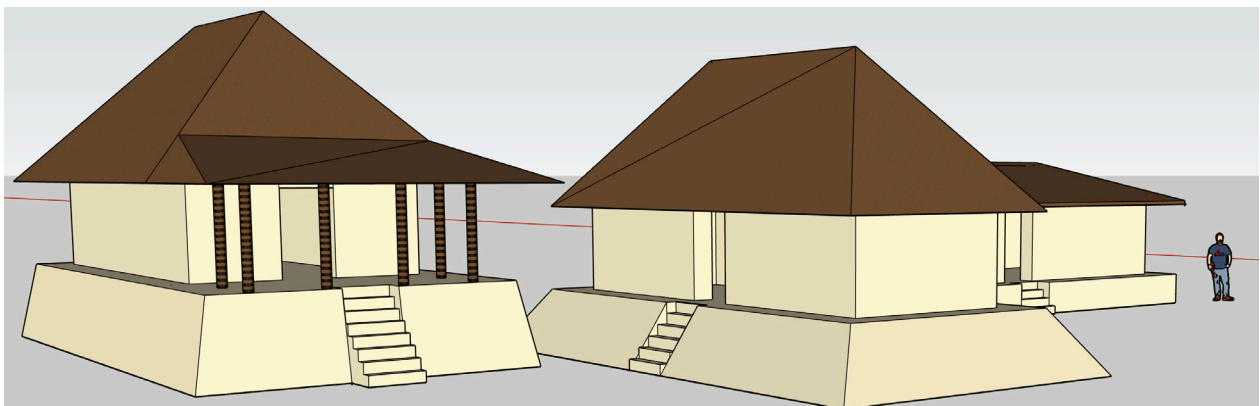
Figura 7. Reconstrucción hipotética Etapa 2.

La segunda etapa implicó nivelar el área al sur de las dos estructuras antes mencionadas para edificar la tercera, la sur, lo que consideramos un crecimiento de la misma familia, ya ahora del tipo extenso más que nuclear (figura 7). La unidad doméstica contó con dos patios de trabajo y tres casas habitación – bodega. Para ejemplificar otro tipo de techo del que se tiene evidencia en el periodo prehispánico, se representó a un agua, mucho más sencillo de construir, aunque se necesitaba de vigas de mayor tamaño que el de cuatro aguas.

En la última etapa se mantienen las tres casas, pero en la norte y sur fue detectado un crecimiento, de tan sólo un metro de ancho, pero que permitió colocar un techo en lo que suponemos fue un área abierta; en la casa norte esta ampliación funcionó como pórtico y área de trabajo, mientras que en la casa sur solamente fue un área de trabajo; en ambos casos esas áreas techadas facilitaron realizar una labor protegidos del sol (figura 8).

Tal como lo menciona López Austin (1996), hay un intento por parte de los pueblos mesoamericanos de reproducir en su arquitectura el modelo cosmológico, ya que esto permitiría a sus habitantes gozar de las “fuerzas cósmicas implicadas” en un ritual de magia por analogía. De tal manera, la estructura habitacional desplanta sobre una plataforma que reproduce la forma de la montaña sagrada, el lugar donde las fuerzas celestes y telúricas se unen a manera de pilar del mundo. Asimismo, las cuatro esquinas de la casa corresponden a las cuatro esquinas del universo, los lugares donde el desplazamiento relativo del sol a lo largo de un año se muestra en el horizonte. También reproduce las cuatro particiones de la bóveda celeste. Así la unidad habitacional se convierte en un microcosmos donde las fuerzas frías y calientes fluyen, sacralizando el espacio de la vivienda.

Figura 8. Reconstrucción hipotética Etapa 3.





Siguiendo con la descripción e interpretación de los hallazgos, vamos a centrar la atención en el área del pórtico de la casa norte, pues los datos obtenidos nos permiten recrear el momento justo anterior a la colocación de la primera piedra del muro de la ampliación. Durante la excavación se encontró, debajo y cubierto por ese muro, y acomodado sobre el muro de la primera etapa, un enterramiento humano depositado en una fosa de escasa profundidad, el cual fue denominado Entierro 9 (figura 9), y que tenía como ofrenda siete cajetes colocados boca abajo, seis punzones tallados en obsidiana de color verde traslucida y tres punzones de hueso, de uno de los cuales sólo se recuperó un extremo (figura 10). El estado de conservación del esqueleto es regular, ya que las características del suelo en donde fue inhumado ocasionaron el deterioro de la parte externa de los huesos, así como la acumulación de una ligera capa de costra cálcica, además de pequeños orificios originados por la presencia de raíces y estrías por desecación (figura 11).

Figura 9. Excavación Entierro 9.



Figura 10. Ofrenda ya restaurada.



Figura 11. Entierro 9, durante el análisis, esqueleto extendido.

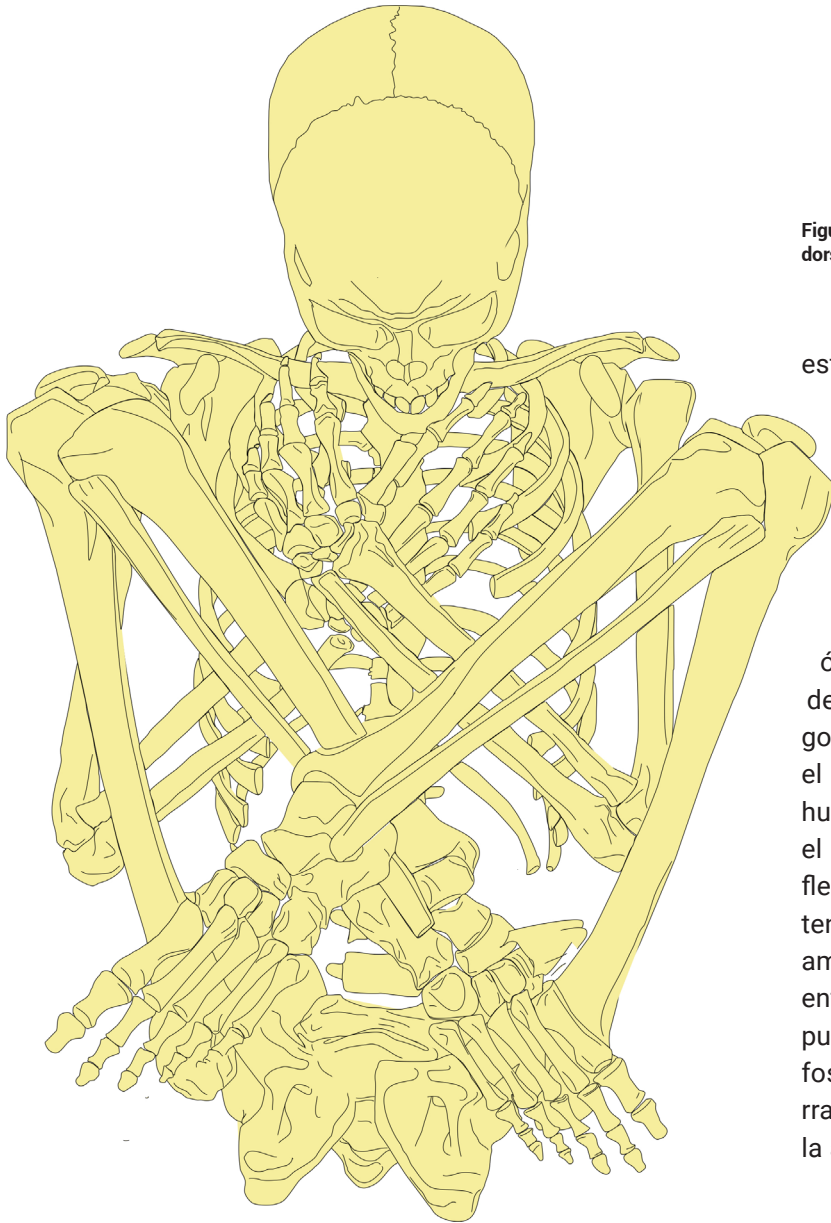


Figura 12. La postura del esqueleto del Entierro 9: de cubito dorsal flexionado. Crédito: Jaime F. Reséndiz.

La posición del cráneo y la articulación estricta que se conserva entre los huesos de las piernas, nos permiten suponer que el cuerpo fue envuelto en un material perecedero –quizá una manta o petate– utilizado a modo de bulto mortuario, el cual debió brindarle el soporte necesario para mantener la posición flexionada y al mismo tiempo impedir que los elementos óseos se disgregaran durante el proceso de descomposición cadavérica. Sin embargo, existe una segunda posibilidad, en la que el cuerpo fue trasladado hasta el sitio de inhumación y que, al momento de colocarlo en el interior de la fosa, las extremidades fueron flexionadas y atadas con el objetivo de mantenerlas en la posición ya mencionada. En ambos casos, el poco o nulo desplazamiento entre los elementos óseos corroboran el supuesto de que el cuerpo fue depositado en la fosa e inmediatamente cubierto tanto con tierra como con las piedras del muro en talud de la ampliación de la plataforma.

A pesar de su regular estado de conservación, fue posible establecer que se trataba de un único individuo, dado que sus restos óseos presentaban coherencia anatómica y permanecían correctamente articulados entre sí, por lo que se dedujo que, al poco tiempo de morir, el cuerpo fue depositado directamente sobre la tierra en ese espacio elegido intencionalmente para dicho fin. La posición del cuerpo, decúbito dorsal flexionado (figura 12), indica que el cuerpo fue recostado sobre la espalda con la cabeza ligeramente levantada y el mentón apoyado sobre el pecho, los antebrazos fueron colocados sobre el pecho y las piernas flexionadas hacia el tórax quedando las rodillas abiertas, el tobillo derecho cruzó por encima del izquierdo (figura 13).

La parte más difícil del análisis fue la asignación de sexo, ya que en el rango de edad que se calculó para el individuo del Entierro 9 es entre los 13 y 17 años y, por lo tanto, las diferencias morfológicas que nos permiten distinguir entre hombres y mujeres no son del todo claras; por ejemplo, en ese rango de edad, hombres y mujeres ya eran considerados adultos por las sociedades mesoamericanas; así, una mujer podría haber tenido uno o varios hijos, lo que se hubiera notado en el análisis de los huesos de la pelvis, pero para nuestra mala fortuna, esos huesos también estaban en mal estado de conservación. De ahí que, para proponer sobre el sexo del individuo, se tomaron en consideración otros factores.



Figura 13. El joven olinztepeca colocado en su fosa.
Ilustración: María de las Mercedes García Besné Calderón.



Figura 14. Colocación de la ofrenda debajo el Entierro 9.

De tal forma, consideramos si alguna parte de la ofrenda puede ser asociada a alguno de los géneros. Tal como se ha descrito, ésta estuvo compuesta por dos tipos de elementos. El primero es una serie de punzones, seis de obsidiana y tres de hueso. El segundo, corresponde a un conjunto de siete cajetes ubicados debajo del cuerpo distribuidas en dos grupos, cuatro de ellas por debajo del costado derecho del esqueleto y tres en el izquierdo (figura 14).

Los cajetes debemos considerarlos como genéricos, ya que son ofrendas comunes en ambos sexos, sin embargo, los punzones que son elementos indispensables para el autosacrificio, actividad que consistía en la extracción de sangre de las orejas, lengua, interior de los codos, muslos y hasta el pene, es una actividad asociada principalmente a los hombres y además sacerdotes. Ahora bien, aunque el autosacrificio no es privativo de los hombres, como lo vemos en algunas estelas y pinturas mayas (figura 15), la mayoría de los sacrificios eran realizado por los hombres, tal como aparece en la mayoría de los códices y fuentes documentales posclásicas y virreinales tempranas (figura 16). Por lo que consideramos que estos elementos están asociados al entierro de un varón.

¿Qué es lo que proponemos ante este hallazgo?

Durante el análisis de los restos óseos no se encontró evidencia de violencia o que fuera parte de un ritual de sacrificio, tampoco de enfermedad u otro tipo de traumatismo, por lo tanto, solamente se puede decir que fue consecuencia de una causa que no dejó huellas en su esqueleto. Se plantea que este individuo fue un integrante de la familia que habitó este conjunto habitacional, el cual falleció como ya se mencionó, en una etapa muy temprana de su vida, entre los 13 y los 17 años de edad, estimación obtenida con base en la observación macroscópica del proceso de formación y erupción dental, así como el grado de desarrollo y unión de todas las epífisis. Si bien no sabemos de qué murió, sí podemos proponer que, a pesar de su joven edad en el momento del fallecimiento, fue considerado y enterrado como un adulto y, por lo tanto, participó de manera activa en la vida ritual y social de su comunidad.

Ahora bien, entre las ideas que forman parte de la religión mesoamericana, está la creencia de que el cuerpo humano tiene varias almas y de que una de ellas permanece unida a sus restos mortales; de ahí que los individuos fueran enterrados bajo el piso de los templos de su comunidad o de las casas y patios de su entorno familiar, como una manera de conservar su fuerza vital y que de ella se beneficiara la comunidad y la familia.

Figura 15. La Señora Xoc, esposa de Escudo Jaguar gobernante de Yaxchilán entre 681 y 742, llevan a cabo un sacrificio de sangre por medio de una cuerda con navajillas de obsidiana con la cual atraviesa su lengua (<https://shorturl.at/gSDN1>).





Figura 16. Códice Magliabechi, página 79.

Otros datos importantes sobre este entierro se infieren de la ofrenda. Generalmente, las vasijas que se encuentran en las ofrendas de entierros prehispánicos contienen alimentos, ya que son necesarios para el largo viaje del difunto hacia el Mictlán; sin embargo, en el caso de este entierro de Olin-tepec, los supuestos alimentos contenidos en las vasijas fueron volcados, puesto que se encontraron las vasijas boca abajo; lo que parecería indicar que se esperaba que su alma no hiciera ese largo peregrinaje hasta llegar al Mictlán, sino que su repentina muerte estaba asociada a uno de los paraísos exclusivos de los Dioses donde llegaban sus elegidos, ya fuera el Tlalocan (una muerte por ahogamiento) o el lugar de los cuatrocientos conejos, ya que los que mueren borrachos van a ayudar a Tepoztécatl.

Por otro lado, la presencia de los punzones indica una parte muy importante de la ofrenda, la cual no dejó huella pues se trata de sangre vertida en la fosa, ya directamente, ya en las borlas de zacate, algodón o papel preparadas para este fin que, pero que al ser de materiales perecederos, tampoco se conservaron. En la cosmovisión mesoamericana, la sangre es vida y pertenece a los dioses, así que quienes realizaron el autosacrificio, probablemente familiares del difunto, le ofrendaron parte de su propia vida a través de su sangre con el uso de los punzones ceremoniales. De esa forma, ellos estaban otorgando “vida” al difunto con el objetivo de que se la llevara a los dioses, considerándolo un mensajero que llevaba la fuerza vital contenida en la sangre a los dioses.

Otro dato obtenido en el análisis de los restos óseos del joven olintepeca fallecido, es que su cráneo fue modificado intencionalmente (figura 17). Se trata de una práctica cultural ampliamente reportada entre los pueblos mesoamericanos que, si bien pudo haber sido considerada una práctica de embellecimiento, su objetivo principal fue el de indicar el estatus. En el caso de Olintepec, esta práctica fue muy común, ya que se tiene registrada la deformación craneana en gran cantidad de entierros de este periodo; de tal manera, se puede plantear que este atributo de embellecimiento tenía dos connotaciones, al interior del grupo fue considerado un marcador de estatus, de jerarquía social; mientras que al exterior fue utilizado como un elemento de diferenciación con los otros grupos, un elemento identitario; aunque claro, esta última propuesta necesita más investigación arqueológica en sitios contemporáneos a este periodo de ocupación de Olintepec.



Figura 17. Cráneo deformado del individuo del Entierro 9; la parte posterior (hueso occipital) se aprecia plana y la anterior (hueso frontal) está inclinada.

Para llevar a cabo la deformación de la cabeza de niñas y niños, puesto que no había preferencia de género para esta práctica, los escritos de los cronistas indican que eran las parteras o las madres las indicadas para realizarla (Bautista 2005). Esta deformación únicamente se podía efectuar en niños menores de seis años de edad, cuando el cráneo todavía tiene la suficiente plasticidad como para ser moldeado (Zarate 2015). Existen diversas propuestas que permiten diferenciar el tipo de modificación craneal intencional que se basan en los materiales empleados y la forma resultante del cráneo, distinguiendo entre los tipos tabular y anular, cada uno con sus variantes erecta u oblicua. El tipo tabular es resultado de la presión ejercida en el cráneo por uso de tablillas que se ajustan a la cabeza por medio de bandas y que ocasionan el aplanamiento de los huesos frontal y occipital (figura 18), mientras que en el tipo anular la modificación ocurre por el uso de vendas enrolladas alrededor de la bóveda craneana, caracterizándose por brindarles a los huesos implicados un aspecto circular.

En el caso del joven olintepeca, el cráneo muestra aplanamiento de los huesos frontal y occipital, así como un ligero surco por encima de la sutura coronal, rasgos que evidencian la colocación de tablillas sobre la frente y la nuca ajustadas a la cabeza por medio de bandas o correas (figuras 19, 20 y 21); las tablillas debieron permanecer paralelas entre sí e inclinadas hacia atrás para obtener el tipo y variante conocida como *tabular oblicua*.

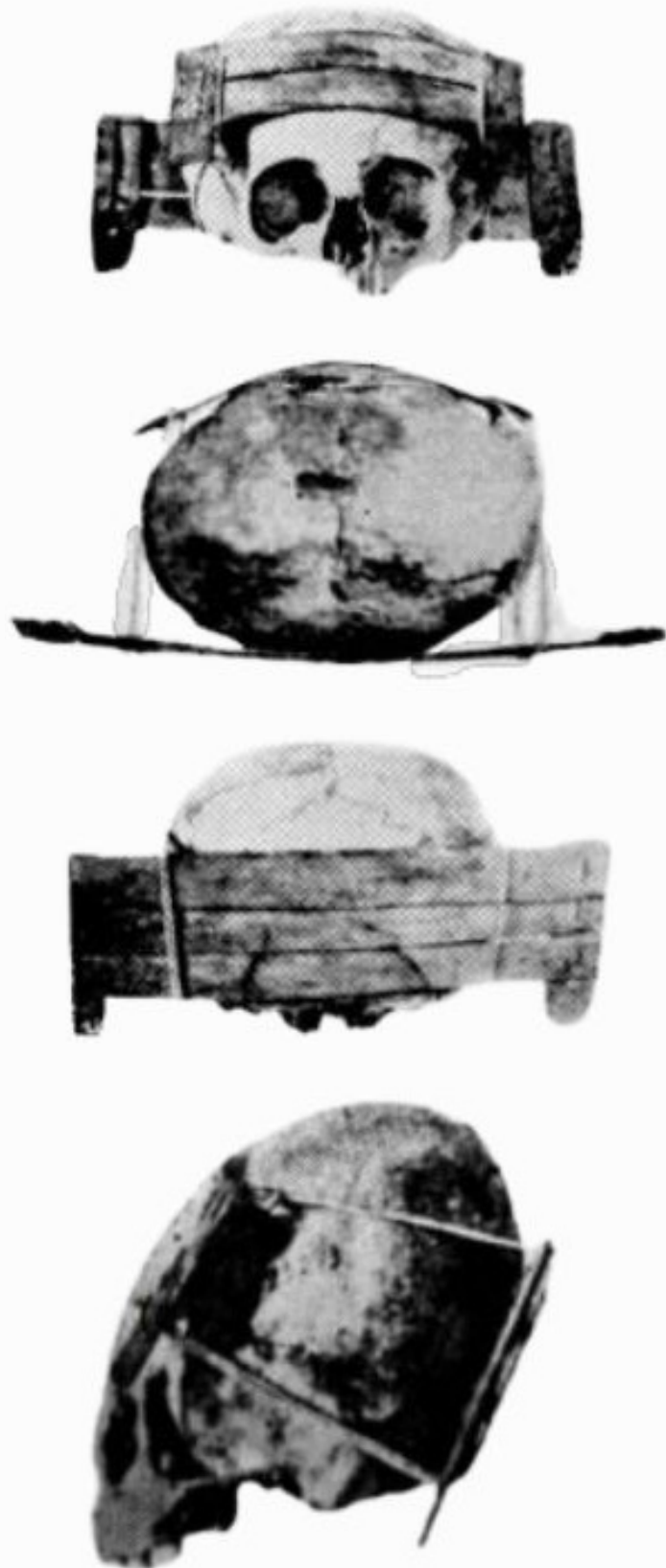


Figura 18. Técnica para llevar a cabo la deformación craneana intencional del tipo tabular oblicua. Tomada de Imbelloni, 1924.



Figura 20. Vista de frente del cráneo.



Figura 19. Vista desde arriba del cráneo.



Figura 21. Vista posterior del cráneo.

Es interesante contrastar este dato de la deformación craneana intencional con lo planteado al inicio de este artículo, cuando se dijo que esta área investigada de Olin-tepec se ubicaba en la periferia del asentamiento del Preclásico Terminal; empero, encontrar este marcador de estatus lo cuestiona, por lo que es más probable que este conjunto de casas – habitación se encuentren dentro del área nuclear del asentamiento. Otro dato que podría ser utilizado para sustentar esta hipótesis de que se trata de un individuo de un estatus medio a alto, es los alimentos que consumía. En el análisis de la dentadura se observó la presencia de procesos cariosos que afectan principalmente los molares (figura 22), así como una ligera acumulación de cálculo dental en los dientes anteriores (figura 23). No se trata únicamente de una higiene bucal deficiente, sino también del tipo de dieta, ya que una dieta alta en alimentos ricos en carbohidratos favorece la aparición de caries, mientras que los depósitos de sarro se asocian con dietas ricas en proteína animal.

No es de extrañar la presencia de caries ya que el consumo de maíz nixtamalizado fue fundamental en el periodo mesoamericano; pero, el sarro llama la atención, se debe recordar que en Mesoamerica no se tenía ganado vacuno, bovino o caprino, la carne provenía de la caza de venado, pecarí y conejo, por lo que no fue tan fácil de conseguir, de ahí que, una dieta rica en proteína animal puede ser considerada evidencia de un mejor acceso a esos recursos por su estatus. Sin embargo, antes de poder hacer esta afirmación se tendrían que efectuar más estudios a olin-tepecas que vivieron durante este periodo en diversas áreas, para contrastar las dentaduras y determinar la existencia o no de un acceso diferencial a los recursos de proteína animal y, por el momento, esto no es posible.

Figura 22. Vista desde abajo y perfil de la caries en molares.





Conclusión

Los datos y sus interpretaciones presentadas nos permiten concluir que la persistencia de Olin-tepec a lo largo de los siglos de la historia mesoamericana se debió a su control del cruce en donde confluyeron varios pasos que unían las regiones, norte – sur y este – oeste de Morelos. Es su papel como nodo de intercambio el que le permitió alcanzar varios momentos de apogeo, uno de ellos durante el Preclásico Terminal, entre los años 100 a.C. a 150 d.C.

Asimismo, las excavaciones llevadas a cabo en Olin-tepec nos permitieron conocer las características del asentamiento de este periodo, tanto del área ceremonial como de la habitacional. Por último, tuvimos la oportunidad de conocer la historia de un joven muchacho cuya ofrenda nos permitió corroborar la cosmovisión de este grupo, que no es más que parte de la cosmovisión mesoamericana.

El procesamiento de los materiales arqueológicos de otras excavaciones realizadas en Olin-tepec, nos permitirán más adelante ampliar esta pequeña ventana o bien abrir otras.

Bibliografía

Bautista Martínez, J., 2005, “La deformación cefálica intencional en el México Prehispánico”, *Estudios De Antropología Biológica*, 12(2), 795–809.

Ledesma Gallegos, Laura, 2012, *Génesis de la arquitectura mendicante del siglo XVI en el Plan de las Amilpas y las Cañadas de Morelos*, INAH, México.

López Austin, Alfredo, 1996, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, UNAM, México.

Zárate Montes, P. y M. Ceja Moreno, 2015, “El proceso físico y biológico de la deformación cefálica intencional”, *Diario de Campo*, Núm. 10-11: 40-45.

Figura 23. Huellas de sarro en la dentadura.



Coordinador editorial:
Giselle Canto Aguilar

Nuestras redes sociales:



/Centro INAH Morelos

SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad
de sus autores.*

Karina Morales Loza
Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez
Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico
**Centro de Información
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:
difusion.mor@inah.gob.mx

Crédito portada/contraportada:
Excavación Entierro 9.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Centro INAH Morelos
Mariano Matamoros 14,
Acapantzingo, Cuernavaca,
Morelos.